

Vélez Upegui, Mauricio (2006) *El pórtico de Jenófanes*. Medellín, Fondo Editorial Universidad Eafit, 204 pp.

El pórtico de Jenófanes o el pensamiento meditativo

Luis Carlos Villegas Rodríguez¹

lvillega@une.net.co

Los dioses no nos revelaron, desde el principio, todas las cosas a los humanos; pero en el curso del tiempo, podemos aprender indagando, y conocer mejor las cosas.

Jenófanes

La cita de Jenófanes propone la indagación como fuente del conocimiento. Preguntar, preguntar y preguntar, tal como lo hace el profesor Vélez, es la base del método socrático. Crear y recrear la imaginación a través de preguntas que se enlazan una tras otra, en ocasiones a lo largo de párrafos y páginas, permite el ingreso a una fascinante oportunidad de meditar sobre los procesos de enseñanza y aprendizaje, sobre las actitudes de profesores y estudiantes, sobre los paradigmas contrastantes en

relación con el quehacer pedagógico. La meditación deviene en crítica, en debate y en propuesta; es el sentido del *Sócrates café*.

Jacobo, personaje central de esa meditación, vive, actúa y reflexiona en un entorno universitario en Medellín. Pero más allá de ese entorno su reflexión enlaza su biblioteca, el barrio, los vecinos, la familia; a su padre, a Laura; esto es, su reflexión sobre el entorno educativo incorpora una meditación sobre la experiencia vital. La condición para lograrlo es ubicán-

¹ Economista, especialista en Hermenéutica literaria y en Política económica, y magíster en Ciencias sociales. Director social y ambiental de ISA.

dose en posición de búsqueda... no sólo sobre la academia sino, y fundamentalmente, sobre sí mismo.

El Pórtico abre un gran debate sobre los paradigmas del quehacer pedagógico: ¿se trata de transmitir o divulgar conocimientos por parte de un docente, esto es, el paradigma de simplicidad, o se trata de convocar al discernimiento racional y a la construcción de una inteligencia colectiva en el aula, esto es, el paradigma de complejidad?

En el primero los currículos se estructuran con criterios de linealidad, causalidad y verticalidad, y las asignaturas se escenifican sólo en el aula de clase al amparo de una semiótica del poder, y por lo tanto con predominancia del acto discursivo, con el profesor como supuesto depositario de una verdad irrefutable:

Enseñar, bajo la primacía de este paradigma, consistía en mostrar las señas referenciales que otros habían establecido como parte de sus investigaciones personales o colectivas, y las cuales un profesor cualquiera, con o sin formación pedagógica, y en nombre de la autoridad que le concedía su investidura institucional, daba a conocer a los estudiantes por medio de ciertas estrategias discursivas que estaban signadas las más de las veces por una manipulación escrupulosa (p 176).

El debate propone como contraste el paradigma de la comple-

jjidad, entendido como invitación al uso de la razón para aprehender los fenómenos del mundo y proponer una visión coherente, “totalitaria” de la naturaleza mediante un tratamiento solidario e integrador, unido fuertemente al sujeto que deja de ser observador para convertirse en actor de diálogos excitantes y constructor de propuestas de imaginación y de vida. En el marco de este paradigma se proponen currículos flexibles que se actualizan permanentemente y estimulan la palabra del profesor y, sobre todo, del estudiante; ambos incorporan la investigación y asumen la equivocación y la duda como parte del patrimonio que se construye en el proceso de aprendizaje.

La propuesta es convertir a los profesores en “dinamos” de discernimiento racional, incitadores dentro del aula de clase, convocantes a la meditación apoyados en su propia experiencia de vida (y en las de sus alumnos), en sus propios pensamientos (y en los de sus alumnos) y en su propio conocimiento (y en el de sus alumnos). Es una propuesta de construir inteligencia colectiva, esto es: “una inteligencia dispuesta a acometer el único tipo de gesta comunicativa que alcanzaba a darle prestigio y razón de ser a la academia: la gesta discursiva que se apoyaba férreamente en la argumentación (y jamás en la intimidad)” (p 200).

En la dimensión crítica se enmarcan, con tintes demoledores, la discusión (fundamental) entre tema y problema, el cuestionamiento a una academia rica en temas y carente de problemas, caracterizada como antiacadémica; el rechazo a la separación tajante entre aula de clase y espacio de investigación, porque convierte el aula en el escenario de la repetición de conocimientos del profesor; el señalamiento a los títulos académicos que ostentan profesores que no se dejan tocar por ningún tipo de problema intelectual, quizás por negligencia, quizás por incompetencia o por ambas, y el cuestionamiento a las titularidades académicas asignadas más por el tiempo de permanencia en la institución que por la producción de capital intelectual.

La dimensión reflexiva está enmarcada en la pretensión de que el rol de la universidad transforme la sensibilidad, aporte a la estructuración del estudioso y deje una impronta que se convierta en capacidad de indagación, de crítica, de disposición al diálogo y la comprensión de la sociedad. Propone la reflexión como algo que se ubica más en el campo de la pasión que en el de la repetición, más en la lectura y la escritura que en la memoria, más en las preguntas y la indagación que en la copia del dictado; en últimas, una pasión por la comprensión de

la condición humana, por la formación propia y el debate con otros. Pero una pasión así deja huellas en el cuerpo y en el espíritu, y el autor y Jacobo no censuran las propias.

En la dimensión de la propuesta se invita a profesores y estudiantes a dejarse arrastrar por el encanto de la lectura y la escritura, a dejarse atrapar por el placer de meterse con las páginas de un libro y leer allí *su propio yo*, cuestionar el aula como punto de encuentro de relaciones de dominación y subordinación, proponer cursos que provoquen la sensibilidad social e intelectual, que contribuyan a forjar conciencia individual y colectiva. Su objetivo es trascender la noción lineal curricular para convertirla en una espiral que se vuelva sobre sí misma, de manera envolvente, para relanzar hacia adelante los contenidos cognitivos y proponer nuevos conceptos, nuevas relaciones entre los saberes.

El Pórtico convoca a dar el paso hacia la reflexión, la vuelta sobre sí, desde una visión profundamente analítica y humanística que abre el corazón y la mente de Jacobo y la escudriña a través de la indagación y la reflexión. En cada paso, en cada palabra, en cada interacción humana, en cada mirada dentro de un salón de clase hay lugar para una pregunta, una búsqueda de conocimiento. Jacobo no tiene todas las respuestas, pero sí las preguntas

suficientes para orientar la reflexión, la crítica y las propuestas sobre el sistema educativo, sobre la enseñanza y sobre el aprendizaje. En la meditación de Jacobo hay jirones de vida, de sentimientos, de dudas, de placeres, de recuerdos del padre, de imágenes del barrio, de pliegues y oquedades de Laura. Quizás es de esa trabazón dramática de fuerzas

afectivas, irracionales que surge la reflexión, la crítica, la propuesta. Quizás por eso la riqueza de contenidos va mucho más allá de un simple análisis del sistema educativo o del proceso de enseñanza. El libro traduce, más que una opción laboral una elección existencial, un pensamiento meditativo que demanda valentía 

